



LA FUERZA DE LA BELLOTA

Mirando el contexto cultural en que se desenvuelve la vida de los jóvenes y las condiciones bajo las cuales resuelven sus proyectos vitales, no se puede dejar de notar la urgencia de un acompañamiento vocacional que favorezca condiciones en las que puedan otorgar sentido a su futuro y un sentido que se nutra de fuentes más genuinas que el puro éxito económico y la vida fácil.

Nuestros jóvenes necesitan acercarse a Jesús como el modelo más acabado de una vocación vivida a fondo. Necesitan encontrarse hondamente con él, apasionarse con su vocación por el Reino, con su mensaje y con su estilo, y decidirse a seguir sus huellas, experimentando ese camino con seguridad y con audacia.

En el lenguaje corriente hablamos de la vocación como de una "ocupación". Esta palabra es muy interesante porque viene del lenguaje militar y quiere decir capturar, dominar. En este mismo sentido, la vocación es aquello que se convierte en una "ocupación". Demasiada gente en el mundo siente su vida como una carga pesada, como una dominación ejercida por otros, como una rutina insostenible, como una esclavitud. Decimos que la vocación debe ser una "ocupación", porque a través de ella convertimos en realidad nuestros sueños, hacemos nuestro aporte al mundo y lo mejoramos.



Cuando la vocación nace de las convicciones y de los sueños del corazón, se convierte en una pasión que nos domina, que nos inunda y nos mantiene cautivos. Ese es el único modo verdaderamente humano de vivir. Vivir rutinariamente, como por obligación, porque no queda más remedio, no es vida. Es un modo subhumano de vivir, apto para robot, pero apto no para seres dotados de pasión y de sueños.

Nada hay más importante y básico en la vida que soñar. Los sueños son la expresión de los anhelos de bien que Dios inscribió en nuestro corazón. Los sueños sacan afuera lo mejor de cada uno de nosotros para ponerlo al servicio de lo mejor de toda la humanidad. Sin embargo, es necesario saber que los sueños nunca se cumplen, porque la función de los sueños no es realizarse. La función de los sueños es *inspirar*. La inspiración es el estado en que se encuentra el alma sometida a la influencia de una fuerza sobrenatural, de modo que los sueños son la reserva que nutre la existencia. Por eso los sueños no se cumplen, porque están hechos de una naturaleza distinta. Sin embargo, su función es mucho más importante que la de cumplirse. Mantienen viva la fuente donde saciar la sed de infinito que todos tenemos. Por eso es un síntoma grave dejar de soñar.

La inspiración que nos regala los sueños nutre nuestras *convicciones*, es decir, los valores que nos parece importante cuidar, porque le dan marco al camino por donde queremos transitar en la vida. Nuestras convicciones están hechas de valores y son estos los que orientan nuestras *opciones*. La vocación no es otra cosa que la realización de las opciones en una obra concreta. Haciendo este recorrido de sueños-convicciones-opciones o lo que es lo mismo inspiración-valores-obra, la vocación se convierte en una ocupación que nos *llena de gozo*.



El gozo es alegría, pero algo más que alegría. El gozo es la llamada de la lumbre. Es júbilo, o sea, alegría que estalla. Es una alegría que alcanza el pináculo. Por esto el gozo es sensual y voluptuoso. Es decir, algo que se experimenta con cada partícula del cuerpo y del espíritu. Esto es lo que se quiere decir cuando se hace referencia a la pasión. Tener una pasión es sufrir una viva inclinación, padecer un vehemente deseo. Sólo así experimentamos la vida como traducción de lo más hondo de nosotros mismos. De lo contrario, nos hacemos extranjeros de nosotros mismos.

A lo largo de estos años de trabajo hemos gozado con esta ocupación, hemos profundizado sus desafíos, hemos confirmado el compromiso con ella y ahora, queremos compartirla con ustedes, para contarles a los jóvenes que todos estamos invitados a gozar genuina y profundamente de nuestra vocación.

Ana María Díaz
ISPAJ - Chile